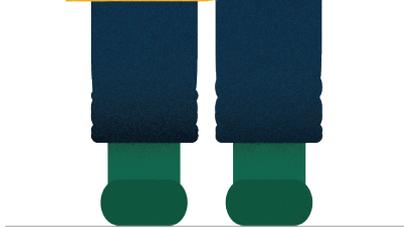


11

HISTORIAS DEL  
FARERO DE  
CAVALLERIA



FERRAN  
RAMON-  
CORTÉS

ó

# EL MOMENTO OPORTUNO

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2020 TODOS  
LOS DERECHOS  
RESERVADOS

Laia había llegado a Barcelona la noche anterior sin novedad. A mi me quedaban 24 horas en la isla. Era lunes de Pascua, festivo a efectos de calendario escolar, pero martes necesitaba estar en la escuela sin excusas. Se terminaba mi reveladora estancia en Menorca, y sobretodo se acababan mis charlas con el Farero.

Pero esa mañana me había sucedido algo que hacía urgente una última charla. De forma totalmente accidental, había tenido un fuerte encontronazo telefónico con Laia. Me dirigí al faro con la esperanza de poder contrastar el tema con él, cosa que necesitaba para cerrar mi particular círculo.

Cargado con lo necesario para una buena cena me fui camino del faro. Llegué. Abrí la barrera y me dirigí al faro, dónde me encontré al Farero en la puerta. Empecé a pensar que el hombre tenía un sexto sentido para saber de mi presencia.

- Necesito una última charla

Se dirigió a la sala, se sentó cómodamente y me dijo:

- Tu dirás...
- Hace unas horas he tenido un estúpido encontronazo con Laia, por un tema sin importancia, pero el caso es que nos hemos enzarzado en una discusión y nos hemos dicho cosas que no deberíamos de habernos dicho. Hay cosas que me ha dicho que me han dolido, pero por lo que yo le he dicho me siento fatal y necesito encontrar la manera de arreglarlo urgentemente.
- ¿Cómo estás ahora?
- Mal, porque en el fondo estoy enfadado, pero ya se me pasará. Lo que necesito es resolverlo de inmediato. ¿Qué hago, la llamo?.

El Farero lo miró a los ojos, y tras unos segundos de denso silencio le dijo:

- No lo sé. Quizás lo descubras después de probar mi manzanilla.

Me lo tomé como una sugerencia de tomarme un tiempo de respiro. Me pareció razonable pero sentía la urgencia de hacer aquella llamada. Aunque también sentía la rabia por lo que ella me había dicho. Desapareció en su minúscula cocina, y vino al cabo de un buen rato con dos grandes tazas con agua y flores de manzanilla (la misma manzanilla que podía recogerse en las matas de alrededor del faro) flotando. Me dio una. Inmediatamente di un generoso sorbo... que me abrasó la garganta.

- Ahhhhggggg ;está quemando!
- Disculpa, es que está recién hervida el agua. Prueba con esta que lleva un tiempo hecha.

La probé. Estaba fría, completamente fría. Y con las flores de manzanilla que llevarían un buen tiempo flotando; estaba francamente amarga.

- Está amarga como ella sola.

Tal y como lo decía me di cuenta de que todo aquello tenía que ser deliberado. Y sabía que no me diría mucho. Me tomé un buen rato para reflexionar antes de decirle:

- Tiro la toalla. Esta vez estoy perdido.
- La manzanilla hirviendo abrasa. La manzanilla fría (que por cierto, la tenía hecha desde la mañana; me la había olvidado) está amarga. La buena manzanilla tiene su momento exacto. Igual que los conflictos...
- ... que tienen su momento oportuno para resolverlos.
- Exactamente. Y ese momento oportuno no es cuando ha sucedido (es la manzanilla que abrasa) ni pasado mucho tiempo (es la manzanilla fría, que deja mal sabor).
- ¿Y cómo sé cuándo es el momento?
- Depende de lo que sientas. Si sigues enfadado, no funcionará. La manzanilla aún quema. Debes primero trabajar dentro de ti ese conflicto.
- ¿Cómo lo hago?



- Piensa en lo ocurrido, ordena tus ideas y sobretodo tus sentimientos.

Me fui a dar un largo paseo. Pensé en lo que nos había ocurrido. Y en mi parte de responsabilidad en el tema. Me di cuenta de que el motivo por el que había saltado tenía poco que ver con Laia, y mucho que ver con que simplemente me había confrontado con algo que yo no tenía resuelto. Pensé también en el valor de nuestra relación, que estaba muy por encima de un desencuentro puntual.

Volví, y el Farero me preguntó:

- ¿Cómo estás?
- Ya no siento rabia en absoluto. Y sí muchas ganas de resolverlo.
- Llama, la manzanilla está en su punto.



Llamé a Laia; sin reproches, sin acusaciones. Con ganas de resolverlo. Y fue balsámico, absolutamente balsámico. Y tal como colgué me di cuenta de que si hubiera llamado antes de mi largo paseo, la conversación hubiera sido otra. Lo que tenía pensado decirle hubiera realimentado el conflicto. Realmente descubrí que hay un momento oportuno para resolver los conflictos, y que darse cuenta de cuál es ese momento es tan importante o más que querer resolverlo.

El Farero había desaparecido discretamente durante mi conversación con Laia. Apareció cuando hube terminado, y nos dispusimos a preparar la cena. Fue una cena entrañable, que sonaba a despedida. De nuevo intenté saber más de su historia, y también de nuevo no tuve muchas respuestas. El Farero seguía siendo para mí un gran enigma.

Me despedí, sabiendo que al día siguiente necesitaba tomar el primer vuelo a las 6.45 para ir directo a la escuela. Confiaba en que no fuera un adiós definitivo, pero nadie de los dos lo mencionó. Yo no me atrevía. Me limité a devolverle la llave del candado de la barrera, pero me dijo:

- Sigue guardándola. Y no tardes 17 años más en volver.

Ya en la misma barrera de la entrada, me dio un pequeño saquito con flores de manzanilla.

- 5 flores por taza. 5 minutos de infusión. Y déjala enfriar un poco, ¡pero no demasiado!.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2020 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ